

de los diarios y correspondencias de la célebre pareja, descubre que en realidad la amistad que habían tenido durante tantos años no había sido sino una estafa. ¿Qué raro momento, verdad? Después de finalizada la Guerra, Simone de Beauvoir y Blanca Lamblin se vieron una vez al mes, hasta la muerte de la primera. Beauvoir la invitaba a un restaurante y hablaban, aunque rarísima vez de su pasado afectivo. Lamblin se casó antes de que terminara la guerra y tuvo dos hijas. Respecto a esto, Lamblin recuerda la repugnancia que el filosófico matrimonio tenía ante el embarazo y la paternidad. Es curioso ver, a través de este libro y de otros, las pequeñas y grandes miserias de esta famosa pareja. Probablemente, Sartre ha sido el escritor más sintomático de nuestro siglo. Digo que fue, más que un gran escritor, un síntoma que expresa las perturbaciones morales de nuestro tiempo. Cierto es que tuvo genio, pero no sé si verdadero talento. Hay que decir a su favor que fue grande en sus fracasos. Fue una cabeza extremadamente reflexiva, pero ¿qué nos ha dejado? En cuanto a sus novelas y su teatro... Siempre que se habla de esto surge su librito de memorias (parciales), *Las palabras*: bien escrito, la obra de una inteligencia afilada, pero no es una obra de arte ni una confesión penetrante. ¿Será leído Sartre por las nuevas generaciones? Su chato *Baudelaire*, su miope y truncado y elefantiásico *Flaubert*. Recuerdo –aunque de esto hace casi veinte años– algunas páginas magníficas de *El ser y la nada* y confieso no haber leído la *Crítica de la razón dialéctica*. Pero Sartre fue uno de los casos más sintomáticos de nuestro paradójico siglo XX.

La inscripción del tiempo (4 de junio)

Hay personas que escriben –o pintan o trabajan– como si estuvieran en el centro de la historia: con los otros, frente a los otros, en medio de la agitación de la historia. Mi mesa de trabajo es, más que ninguna otra cosa, un farrallón frente al mar. No es que yo escriba para la naturaleza ni de espaldas a los hombres. Nada más lejos. Escribo con palabras que me han precedido; gastadas, usadas, inventadas por todos y por ninguno. Hablo, por lo demás, con alguien. Ese alguien me es desconocido, pero no del todo. Hay algo en mí de ese otro. Es verdad que en alguna ocasión, lo que uno escribe es una respuesta concreta a ciertos desafíos; pero por regla general estoy sentado en ese farrallón donde tantas horas he pasado en mi adolescencia. No es la piedra del eremita: creo que es el espacio que expresa nuestra verdadera condición, aquella a la que siempre volvemos. Se escribe desde la soledad de esa piedra, no para acentuar uno de los extremos sino para congregarse desde el extremo. Desde que abandoné aquel roquedal adentrado en el mar, hace más de veinte años, he sentido, en muchas ocasiones, que no volvería más a él.

Y es verdad que no volvemos al mismo lugar y es verdad, también, que sí volvemos. No es la misma piedra y no es del todo el mismo quien en ella se sienta un rato a contemplar el pliegue y despliegue del tiempo en las olas. En realidad, aunque he situado geográficamente ese lugar de la radical extrañeza, es, más que un espacio, un sentimiento que nos acompaña siempre y que cuando menos lo esperamos nos enfrenta. Y descendemos a su radicalidad porque, quizás, no hay manera de ser hombres e ignorar ese sentimiento. Su Dongpo, el poeta chino del siglo XI, escribe en su diario que «todo es isla. La tierra es una isla cercada por el océano del cosmos. ¿Quién, entre los vivos, no habita una isla?». Creo que tiene razón este gran poeta, pero también es verdad que habitamos o somos islas que en muchos momentos se convierten en penínsulas, o archipiélagos encendidos en pleno mar. Sin embargo es raro no volver a ser isla, en algún momento del día, de la noche. La comunión es tan real como la soledad. Pero lo que siempre está ahí es la isla. A veces la isla es como un farrallón donde golpea el viento, la espuma, el mar colérico o bien la calma en la que nada pasa, ni siquiera el tiempo: o tal vez el tiempo es esa nada que se inscribe en la materia y nos revela la vastedad de nuestra conciencia.

Hace unos días ante la muerte de un amigo –que había enfermado súbitamente, perdiendo gran parte de la memoria y, finalmente, entrado en coma–, no pude soslayar el pensamiento de que yo era él y de que mi vida había acabado. Lo pensé varias veces cuando lo visitaba en el hospital. No era una actitud morbosa de mi parte, sino, creo, un pensamiento absolutamente sano: vivir como si fuéramos inmortales o con la creencia de que moriremos en la decrepitud de una edad avanzada es una actitud cobarde y enferma. Si yo era él, ¿qué había sido mi vida? y más: ¿qué era mi vida en este momento? Si ya no podía ser otra cosa que lo que había sido... mi vida, obviamente, no estaba completa ni siquiera suficientemente hecha para morir. Pero morir nada tiene que ver con completud o carencia, me dije: ocurre así, de pronto. Puede durar años, pero siempre es de pronto. Lo has visto desde hace mucho tiempo. Como su Dongpo, vi morir a mi primera mujer un poco antes de que cumpliera ella ventisiete años. Yo tenía veintinueve. Exactamente las mismas edades que tenían el poeta chino y su esposa hace un poco más de mil años. Su vida no estaba completa, como no la estaba la de mi padre cuando murió a los ochenta y seis. La vida no está completa nunca, pero debemos aprender a despedirnos y a vivir con lo inacabado. La vida es tiempo (en nuestro caso, además de esto es una tensión entre memoria y deseo), y el tiempo no está completo nunca porque su esencia es el cambio: es un continuo devenir. Siempre está viniendo y no acaba de llegar nunca. O bien no cesa de llegar. Pero entre el no cesar y el llegar hay una relación contradictoria: eso que llega ya ha pasado y el vivo instante

que somos se despeña. Hay quien piensa que al ser nada le falta; podrá ser, pero en cambio a nosotros sí: somos seres a los que algo nos falta. De otra manera no andaríamos en este trajín, desde Gilgamesh desgarrado por la desaparición de Enkidu hasta las enigmáticas y cercanas tribulaciones de Swand por Odette.

Debemos aprender a despedirnos y a quedarnos solos, no para permanecer en esa soledad sino porque no hay manera de despedirse y estar juntos. La separación se produce, lo quiera uno o no; despedirse forma parte de nuestro aprendizaje poético. Y vuelvo al farrallón, frente al mar, o en realidad a esta mesa frente a una ventana que da a una pequeña calle. Ni siquiera veo la calle sino parte del edificio de enfrente donde a veces vislumbro la vida de los vecinos. A veces me pregunto quiénes son. Mis semejantes, me oigo contestar. Una verdad paradójica, como casi todas las verdades que entiendo o, más exactamente, que me complacen. Junto con un saber de la despedida me doy el consejo de no desear nada demasiado. Siempre me ha gustado el budismo zen, pero me llevo mal con toda religión o filosofía que se manifiesta en contra de los deseos; sin embargo tampoco me llevo bien conmigo mismo cuando el deseo abre sus quijadas de manera tan exagerada que no hay forma de que pueda apretar ni de que pueda haber otra cosa que su solo objeto. Un objeto donde la nada se señorea. Cuando el deseo es mayúsculo todo lo demás desaparece, todo queda visto por una óptica gigantomáquica. También hay que aprender a relativizar el deseo –sobre todo cuando ni siquiera tiene un objeto muy claro, salvo dibujado con palabras. Si uno se sienta frente al mar –o frente a la máquina de escribir– y abre el deseo mayúsculo, se atraganta de inmensidad y de obras completas. Pero lo que tiene ante sus ojos es una nada mayúscula y un espacio arrasado por la ventolera encendida de su solo deseo. Ocurre, con el deseo, que se olvidan las minúsculas, y sin ellas ni se puede escribir ni vivir con un cierto saber. El tiempo pasa, llega, de pronto, un poco de brisa. Pienso en levantarme, dejar estas palabras y salir a la calle: el sol ha encendido los ladrillos de la pared de enfrente, penetra en mi cuarto y toca mis manos. El vagabundeo de mis pensamientos se aquieta y desaparece. Lo que brota es una sensación renovada, la fraternidad.

Juan Malpartida